

ENRIQUE ANRUBIA,
PLAY. La vida a través del cine y la filosofía.

Ed. Comares. Granada 2021, 153 pp.
ISBN: 978-84-1369-280-7

La Filosofía del Cine en nuestros días aparece como una práctica reflexiva y como una forma de escritura que se encuentra en auge. Cada vez somos más los que coincidimos con la apreciación de Stanley Cavell, que consideró que el cine estaba hecho para la filosofía, con la de Julián Marías y su descubrimiento de la antropología cinematográfica.

El libro del profesor de la Universidad Cardenal Herrera CEU Enrique Anrubia responde a esa manera de entender la alianza entre filosofía y cine. Está concebido, según reconoce con sabia modestia el propio autor, como una “breve reflexión antropológica” (lo dice en la contraportada), particularmente comprometida con los jóvenes, especialmente con los estudiantes. La horquilla de películas que se estudian hace pensar en unos lectores preferentes que oscilen entre los veinte y los cuarenta años, lo que no impide –al contrario, lo favorece– que quienes superamos con creces esa edad no lo disfrutemos también.

Porque la obra del profesor Anrubia es una obra hecha para disfrutar, cuya lectura reposada acompaña amablemente al lector más allá de los momentos en que se está leyendo el texto. El autor propone con acierto que “lo mejor es leer el texto, ver la película y luego volver otra vez al texto. El ejercicio de ir y volver –uno de los más filosóficos que conozco– es quizá el que mejor atempera lo que aquí se persigue” (p. 15).

En efecto, es señal de dos datos muy relevantes: de su inequívoca impronta filosófica y de la generosidad del texto. Vayamos con la primera. Cine y filosofía se alían cuando el primero es capaz de ampliar la reflexión filosófica. No porque el cine sea un lugar para realizar demostraciones argumentativas, que en principio no parece lo más esperable. Más bien, porque el cine muestra, por emplear la expresión de Wittgenstein en el *Tractatus*, imágenes de la vida humana, con la fuerza de la fotografía, y también, a veces, de las palabras y de la música, que vuelven a nosotros con una especial fuerza. Acierta el profesor Anrubia invitándonos a “ir y volver”.

La generosidad del texto resulta manifiesta pues nos encontramos en realidad ante lo que podría constituir perfectamente cinco libros, que el autor nos concentra en uno, dividido en una introducción y cuatro partes. La parte introductoria (pp. 1-16) abarca las reflexiones más teóricas sobre el despertar a la belleza y a lo humano a través del cine; el papel de la libertad en el arte y la necesidad de integrar los tiempos de la existencia sin desequilibrarse hacia el futuro. Se cierra esta reflexión inicial sobre las virtualidades de la relación entre filosofía y cine dentro del ámbito de las humanidades. Pero de estas primeras páginas me gustaría destacar los trazos biográficos que el autor ofrece, con los que muchos nos sentimos próximos y que son una prueba –ahora sí– de la autenticidad de la reflexión. El cine como lugar de iluminación de nuestras vidas con respecto a la vida de los otros es cada vez un lugar común entre la mejor filosofía del cine. Podríamos seguir citando para sostener esta información a Stanley Cavell y a Julián Marías. Pero se nos ha brindado la oportunidad de sumar a esa nómina el testimonio del Santo Padre Francisco en una entrevista recientemente publicada.

La primera parte (pp. 19-62) se centra en una descripción de nuestro mundo “no muy halagüeña... pero no pesimista.” (p. 14). Su lectura de *Columbus* (2017) nos sitúa ante “la enigmática forma en que los seres humanos nos relacionamos con el arte” (p. 22). *Heat* (1995) le permite expresar que “no somos postmodernos, no somos modernos, somos su posterioridad” (p. 30). *Juego de tronos* (2011) obliga a considerar un diagnóstico inquietante: “el poder de hoy nace retorcido ya en su origen” (p. 35). El documental *Free Solo* (2018) nos advierte en la senda de Ortega y Gasset que “vivimos apáticos y espetando para sentirnos vivos fuera de nuestro vivir cotidiano: en el juego” (p. 42). *La gran apuesta* le permite proponer –y suscita deseos de aplaudir– “que el capitalismo es, básicamente, el sistema que siempre se autopropone como originario para analizar cualquier asunto en cualquier ámbito bajo la disponibilidad de tener dinero o propiedad” (p. 46). Con *La teoría sueca del amor* (2015) advierte de un gran riesgo de las sociedades pretendidamente desarrolladas: “... se ha creado una sociedad de bienestar de seres solitarios, y aun así sería muy discutible también de seres independientes”. Motivos sugerentes para una reflexión que los textos y las películas no quieren agotar, pero sí mantenerlos en su plena vigencia.

La segunda parte (pp. 65-94) plantea su poliedro en torno a “la búsqueda de la identidad” y comienza con *Hacia rutas salvajes* (2007). Aquí sugiere el revés de la trama –como diría Graham Greene– con admirable eficacia: “... no es rompiendo con las cosas y las personas como las conoceremos, sino adentrándonos en ellas” (p. 68). A través de *El*

indomable Will Hunting (1997) pone en la pista del saber más importante: “saber quién soy para saber qué quiero de verdad y quién quiero ser” (p. 72). Verá en *Rocky* (1976) “una grandeza aparentemente oculta en una derrota” (p. 83). Y en *El mejor* (1984) ofrecerá la constatación de que “no somos ni vamos a ser más felices porque tenemos una cualidad destacable, pero lo podemos ser si sabemos que pertenecemos a alguien” (p. 94).

Así llegamos a la tercera parte (97-126) en la que Enrique Anrubia bosqueja una visión nueva de la vida. Comienza por medio de *Vidas contadas* (2002) con una pregunta nuclear: “¿Acaso nuestra felicidad no depende de que veamos sobre nosotros la mirada de alguien que nos desea ser felices?” (p. 102). Sigue con *Pequeña Miss Sunshine* con la que acierta a matizar que “el elogio de la imperfección no es el elogio del mal cometido, sino aquel reconocimiento de quien sabe amparar la imperfección de otro y de uno mismo” (p. 109). *Gran Torino* le brinda la ocasión de realizar un canto a la piel envejecida en la figura de Clint Eastwood. En *Una historia verdadera* (1999) acierta al sugerir que “nostalgia y esperanza del bien se dan las manos en el perdón” (p. 121). Termina con *La delgada línea roja* (1998), “todo un panorama de actitudes humanas ente el mal en el mundo” (p. 126).

Finalmente la cuarta parte, una invitación a salir de nuevo a un mundo nuevo, lo hace desde *Los hermanos Sisters* (2018) en la que ve “una película sobre la ayuda y la posibilidad inaudita de ser levantado” (p. 131), especialmente en la familia, en la senda de lo señalado por el filósofo Rafael Alvira. Da un paso más con *El Doctor* (1991) con la que advierte que “el secreto último no es amar lo imperfecto, sino ser capaz de dejarse amar por lo imperfecto” (p. 138). Con *Mi pie izquierdo* (1989) realiza una alabanza filosófica del saludo: “desear salud es invitar al otro a lo mejor que tiene uno que ofrecer” (p. 145). Culmina con *Moneyball* (2011), cuando precisa que “solo hay una forma de perder ganando, a saber, aprendiendo”.

No creo que se necesiten más palabras para alabar y recomendar una obra que rezuma amor por el cine y por la filosofía, pasión por educar jóvenes y adultos, y elegancia al hacerlo con sutileza, buen gusto y veracidad. No se puede pedir más. Salvo el deseo de que tenga secuelas.

JOSÉ ALFREDO PERIS